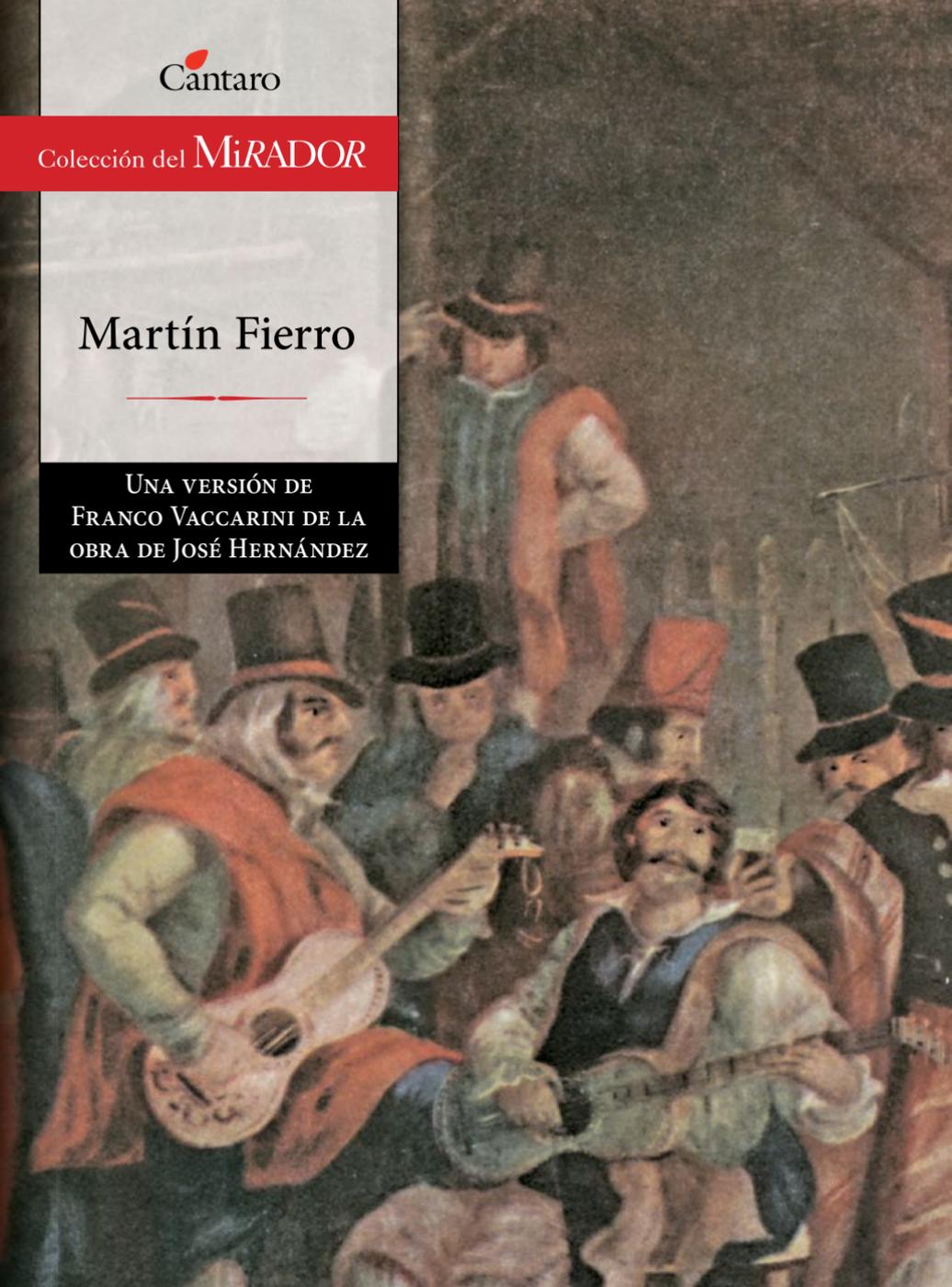


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Martín Fierro

UNA VERSIÓN DE
FRANCO VACCARINI DE LA
OBRA DE JOSÉ HERNÁNDEZ



Colección del *MIRADOR*

Martín Fierro

UNA VERSIÓN DE
FRANCO VACCARINI DE LA
OBRA DE JOSÉ HERNÁNDEZ

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Editora de la colección: Karina Echevarría

Secciones especiales: María Soledad Silvestre

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: *Payada en una pulpería* (detalle), de Carlos Morel

Hernández, José

Martín Fierro : una versión de Franco Vaccarini de la obra de José Hernández
/ José Hernández ; adaptado por Franco Vaccarini. - 1a ed. - Boulogne :
Cántaro, 2015.

112 p. ; 19x14 cm. - (Del Mirador ; 256)

ISBN 978-950-753-412-6

1. Literatura Gauchesca. 2. Poesía Argentina. I. Vaccarini, Franco, adapt. II.
Título
CDD A861

© Puerto de Palos S. A., 2015

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina
Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-412-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

El éxito editorial

La primera edición de *El gaucho Martín Fierro* era un folleto de 76 páginas, con fallas de impresión y numerosas erratas. A pedido de su autor, se vendía muy barato (a diez pesos) para que estuviera al alcance de los lectores menos adinerados. No se vendía únicamente en librerías. La obra estaba disponible, también, en los almacenes de ramos generales y en las pulperías donde el público podía adquirirla junto con la yerba y el tabaco.

En dos meses se agotó la primera edición, y al cabo de seis años ya se habían vendido 48.000 ejemplares. El libro se convirtió, así, en un éxito editorial sin precedentes. Tal vez por el trabajo publicitario (salieron avisos en los diarios *La Pampa*, *La Nación* y *La Prensa*) o porque comenzaba a tener algún efecto la campaña de alfabetización que, con todas sus limitaciones, facilitaba el acceso a la lectura de muchos sectores que hasta entonces habían estado excluidos. O simplemente porque el libro respondía a una demanda concreta, ofreciendo la posibilidad de repensar la situación histórica social de un país que, en medio de guerras civiles e inmigraciones masivas, no terminaba de afirmar su identidad.

Como sea, cuando se publicó aquel folleto en 1872, nadie imaginaba que iba a convertirse en el gran poema nacional, un texto clave para la literatura argentina, cuyo hallazgo no puede atribuírsele a la crítica sino a su público, que no solamente fue lector directo: la obra se leía también en voz alta o incluso se recitaba con acompañamiento de guitarra en las reuniones sociales para entretenimiento de la concurrencia que, muchas veces, era analfabeta.

En 1879, cuando Hernández publicó la segunda parte (que tituló *La vuelta de Martín Fierro* y motivó que la primera se popularizara a su vez como *La ida*) ya lo hizo en otras condiciones. Con una tirada de 20.000 ejemplares, dispuestos en cinco tandas de 4.000 cada una; una impresión cuidada y más estética, con diez láminas de Carlos Clerice que aseguraban (según palabras del autor en el prólogo) “las más aventajadas condiciones artísticas”¹.

En esta segunda parte, Hernández siguió pensando en el gaucho como público destinatario: “Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído...”²; sin dejar por ello afuera al otro público lector que también le interesaba captar, el que estaba en las ciudades y era capaz de aceptar el desafío de interpretar códigos expresivos complejos, “leer entrelíneas” el programa social que él ya había intentado difundir anteriormente (aunque sin demasiado éxito) como periodista y político en otros ámbitos ajenos a lo literario:

¹ Hernández, J. “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, prólogo a la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Conti, Buenos Aires, 1879.

² Op. Cit.

*(Un libro así) levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera naides por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo, u otros barbarismos semejantes, cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura*³.

Así, Hernández se dirige a ese lector escéptico que por su formación se le parece. Al hombre urbano, interesado en la cultura, que tiene las herramientas intelectuales para comprender que detrás de la voz del gaucho, bárbara y desposeída, hay un programa social y una denuncia política. El contraste entre el texto y el paratexto, entre la voz de Fierro y la de Hernández, entre el personaje que lamenta y el autor que reclama, da cuenta de los dos circuitos de lectura que se aspiran conquistar: el de las áreas rurales y el de la ciudad, la cultura popular y la cultura letrada.

La mirada de los intelectuales

Sin embargo, en su momento, la crítica culta se mantuvo al margen del éxito comercial. Tal vez porque la difusión no era garantía de excelencia artística o porque el nivel educativo de los lectores pudo haber motivado el prejuicio y la indiferencia⁴ de la clase letrada que *a priori* no compartía los intereses del vulgo.

³ Op. Cit.

⁴ Según Sarlo y Gramuglio: “Los silencios (de muchos intelectuales, como Juan María Gutiérrez y Sarmiento) más que indiferencia, señalan un rechazo o una negación”. (en: *Historia de la literatura argentina 2: del realismo al naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1980).

Por otra parte, los cánones literarios de aquel entonces cuestionaban el valor estético de la literatura gauchesca en general.

No hay que olvidar, además, que la teoría literaria no existía como tal: quienes ejercían la crítica eran políticos-escriutores (como Sarmiento y Mitre) que no necesariamente coincidían con el pensamiento ideológico de Hernández y, por ende, era razonable que fueran tibios en sus impresiones sobre la obra artística del autor.

El hecho es que, por la razón que fuera, hubo varios comentarios elogiosos que rescataron el carácter verdadero y espontáneo del poema a la vez que le restaron valor estético y literario. Dijo, por ejemplo, Miguel Cané: “Algo que me ha encantado de su estilo, Hernández, es la ausencia absoluta de pretensión de su parte”⁵. Y Bartolomé Mitre manifestó a su vez: “Su libro es un verdadero poema espontáneo, cortado en la masa de la vida real (...) aunque ha abusado un poco del naturalismo y ha exagerado el colorido local, en los versos sin medida, así como con ciertos barbarismos que no eran indispensables”⁶.

Las declaraciones de Mitre y de Cané se ajustan a lo que Borges denominó más tarde “admiraciones que condescienden”, alabanzas que no fueron tales en tanto anulaban el valor retórico del poema y la aptitud estilística de su autor.

Tuvo que cambiar el siglo para que la resistencia de los círculos intelectuales frente a la obra de Hernández se aplacara. En 1894, Miguel de Unamuno preparó el terreno al elogiar su valor estético y relacionar el poema con el romancero español, por su condición popular y épico-lírica. Con los festejos del Centenario, finalmente, sobrevinieron los elogios desmesurados

⁵ Carta personal al autor, fechada el 22 de marzo de 1874.

⁶ Carta personal al autor, fechada el 14 de abril de 1879.

de Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, que compararon la obra con las epopeyas clásicas y le dieron el valor de “gran poema nacional”. Lo cierto es que a partir de entonces y a pesar de que gran parte de la crítica actual reconoce el carácter hiperbólico de aquellas declaraciones que ubicaron la obra junto a la *Chanson de Roland* y *El Cantar del Mío Cid*⁷, el libro dejó de abordarse con tono condescendiente y se volvió clave (sin dejar de ser problemático) en la historia de la literatura argentina.

En 1925 tuvo su primera edición crítica: se depuraron las erratas acumuladas en las ya innumerables ediciones y se agregaron notas. Y en 1948, con los aportes de Martínez Estrada, comenzaron a analizarse los personajes, la relación problemática entre el autor y su tiempo, la construcción de la voz narradora y las diferencias entre las dos partes que no podían explicarse sino desde el contexto de difusión. Entonces, *El Martín Fierro* (*La Ida* y *La Vuelta* como obra orgánica) dejó de leerse únicamente desde los parámetros de la literatura gauchesca y empezó a abordarse en toda su complejidad.

Tradición y originalidad

En sus inicios, la literatura argentina fue revolucionaria. En una primera etapa reflejaba el deseo de emancipación frente a la corona española y con el tiempo también fue haciéndose eco de las luchas partidarias entre unitarios y federales, que mantuvieron dividido el país por muchos años.

Básicamente fueron dos los canales literarios que se usaron para estos fines: odas e himnos por un lado; y poesía gauchesca por el otro, cuyas primeras manifestaciones datan de 1810.

⁷ Según Borges, el problema estuvo en la presunción errónea de que algunos géneros valen más que otros (en: “Martín Fierro”, *Revista Sur*, Buenos Aires, 1931).

El gaucho
Martín Fierro



I

El fin de una época

Esta historia se contó por primera vez hace muchos años, en esta misma tierra, cuando tantas cosas se estaban fundando en un país hecho de distancia y soledades. Cuando las casas desperdigadas en la llanura eran ranchos a la sombra de árboles flacos o a la intemperie del sol, y leguas de nada separaban un caserío de otro, de una pulpería, o del casco de una estancia, y solo el viento y las bestias vagaban entre pajonales amarillentos. Es la historia de un hombre, de un gaucho, Martín Fierro, al que un día el infortunio lo tomó del cuello y lo llevó a deambular por sus caminos de dolor, a sobrevivir con picardía, con audacia, y coraje. Y que gustaba de tomar la guitarra para recitar sus desventuras.

*Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela;
que al hombre que lo desvela*

*una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.*

Martín Fierro vivió un tiempo dorado de trabajos campeños, rodeado de gauchos como él que conformaban la peonada, mientras sus dos hijos crecían a su amparo, jugando como cachorros felices alrededor de la casa y esperando la llegada del padre para que les contara si había domado algún potro o sufrido algún percance. Los ojos oscuros de los muchachos ya grandecitos se iluminaban al ver bajar al padre del caballo, con su barba patriarcal y en sus ropas el polvo de la tierra levantada por los cascos de los caballos y las pezuñas de las vacas salvajes. Al abrazarlo sentían lo áspero de sus manos callosas, el olor del tabaco. Y él con voz grave, les llenaba las orejas de palabras y la cabeza de sueños. Y en esos sueños se imaginaban ya hombres que harían de cada jornada de trabajo una hazaña. Así lo escuchaban el mayor y el menor, admirados.

Martín Fierro despertaba muy temprano, cuando el lucero brillaba todavía en el horizonte y junto al fogón tomaba un mate tras otro, en delicioso silencio, mientras la *china* dormía, abrigada por su poncho. Cuando cantaban los gallos y la luz devolvía los colores a las cosas, partía a trabajar. Se encontraba con sus compañeros inmersos en los preparativos: ponerse las espuelas para picanear al *pingo* cuando se pusiera remolón, armar el recado, buscar rebenque y lazo. El peón domador se iba al corral a jinetear algún potro que lo esperaba dando bufidos; y otros rumbo a buscar la hacienda. Siempre bien montados, centauros de la llanura, pasaban el día trajinando en faenas que dominaban y que les daban placer.

En los lentos atardeceres, los hombres se reunían en la cocina, con el fuego encendido, a la espera de la cena. No faltaba el que

templaba la guitarra y divertía con sus coplas, el que tenía alguna buena historia para contar mientras se esperaba la carne recién asada, las risas tras un chiste, el comentario sobre algún incidente particular. Después de la cena, llegaba el descanso. Martín Fierro terminaba la función en los brazos de su esposa, entre sonrisas y alguna última palabra, hasta que acontecía el silencio del sueño, quebrado apenas por la chicharra de algún grillo.

Ningún día era igual a otro, pero en la época de las yerras, cuando se pialaban los terneros y se tironeaba con fuerza hasta voltearlos, aquello era una fiesta. El mismo patrón celebraba con un trago de caña aquel esfuerzo de titanes y a los gauchos les encantaba tener su botella a mano o a la sombra de un árbol o debajo de una carreta. Hasta el más pobre de aquellos peones tenía su propia tropilla, el orgullo de cada cual eran sus caballos.

Era la tierra del patrón, pero era la tierra de cada uno, porque allí eran felices, porque galopaban sin llegar jamás al horizonte, en la llanura ilimitada, porque había lugar para todos y podían vivir en paz.

Y cuando se armaban reuniones con ánimo festivo, además de los peones, venía gente de los campos aledaños y de los poblados. Se juntaban en algún salón con paredes de barro y la pista apisonada para que los bailarines no levantaran polvareda. Era una delicia escuchar las risas y los alborotos de las mujeres mientras preparaban la carbonada y los pasteles, la carne con cuero y la mazamorra; todo esto regado con vino, caña y algo de ginebra.

Entretanto, lejos, en otros salones de pisos brillantes, hombres encaramados en lo más alto del poder determinaban el principio de una edad sombría que transformaría las vidas y destinos de aquellos gauchos. Se los necesitaba en la frontera, allí donde se peleaba cada palmo de tierra con el indio. Y había que irlos a buscar adonde estuvieran. Se arreaba primero a los que no trabajaban, debían alguna muerte en un duelo o andaban de matreros

huyendo de las milicias. Para ellos, acusados de tropelías que bien podían ser ciertas o bien no (porque nadie defendería a un gaucho sin educación ni dinero ni poder), no estaba contemplado el derecho a negarse. En cuanto un juez los ponía en la mira, ya era cosa juzgada: derecho al fortín y sin protestar o le ablandaban el lomo a talerazos¹, lo torturaban en el cepo y, si la cosa no tenía arreglo, al calabozo, o acaso algo más: la muerte.

*Así empezaron mis males
lo mismo que los de tantos.
Si gustan... en otros cantos
les diré lo que he sufrido.
Después que uno está perdido,
no lo salvan ni los santos.*

II

Vida en la frontera

Martín Fierro había pasado un tiempo de paz y trabajo, viéndolo tranquilo como un pájaro en su nido, viéndolo, como cualquier padre, crecer a sus hijos. Le gustaba ir a las pulperías a decir sus coplas, que le brotaban como agua, de un modo natural, para solaz del público. Y en una de esas ocasiones en que había mucho gauchaje reunido apareció un juez de paz acompañado por soldados, lo que provocó una estampida general. Los más matrereros lograron escapar. Fierro, en cambio, se quedó en su puesto, guitarra en mano; era hombre manso y no había por qué huir, no tenía deudas con la justicia.

Pero eso no hizo diferencias. A él lo agarraron, sin más; y también a un gringo que tocaba el órgano, con una mona encima del hombro. Era un napolitano poco agraciado, hombre tranquilo e ingenuo, que al verse apurado por los milicos, comenzó a rogar:

–¡*Sono un artista io! ;Un artista!*

¹ Talerazo: golpe dado con talero, rebenque corto y grueso.

Índice

Puertas de acceso	3
El éxito editorial	5
La mirada de los intelectuales	7
Tradición y originalidad	9
Un gaucho, todos los gauchos.....	13
Los poetas y el cantor.....	15
La obra	21
El gaucho Martín Fierro	21
I. El fin de una época	23
II. Vida en la frontera.....	27
III. El día de paga	35
IV. El centinela	39
V. La deserción. Más malo que una fiera	43
VI. Fierro mata	47
VII. Como un duende.....	51
VIII. La historia de Cruz	55
IX. Hacia la tierra india	59
La vuelta de Martín Fierro	61
I. El baile de las fieras	63
II. Dos años sin Cruz	67
III. Malón	71
IV. El fin de Cruz. La cautiva	73
V. El reencuentro con los hijos	79
VI. El hijo mayor	83
VII. El hijo menor y el viejo Vizcacha.....	87
VIII. Mal de amores	95

IX. Picardía, el forastero	99
X. El hijo de Cruz	101
XI. Basta de contiendas	105
Bibliografía	109